



Los escribas egipcios ocultaron a “Lékthor (LKTR), el dios de la lectura (Lek-Thot), en el mismo nombre del dios de la escritura (Thot).

El mito de **LÉKTHOR**

Así como “Mentor” en el lenguaje cotidiano significa el “consejero prudente” (y nadie sospecha que ese término deriva de un nombre propio, de un personaje mítico llamado “Méntor”) de la misma manera el concepto de “Lector” -dice Le Benard- tiene su origen en otro personaje mítico, poco conocido, llamado “Léktor” o “Lékthor”.

Es sabido que la Diosa Atenea se corporiza muchas veces en la figura de Méntor dándole “prudencia”; pero lo que no es tan conocido es que Thot, el dios de las artes y la escritura, también adoptaba de algún modo la figura de “Lékthor”, otorgándole la capacidad de “ordenar”, “enumerar” y “descifrar” textos, escritos por el mítico dios.

Si el legendario Thot fue inmensamente conocido en la antigüedad como el dios de la escritura, ¿cómo es posible que los escribas egipcios pudieran mantener en secreto durante tanto tiempo el culto de Lekthot, el dios de la lectura? Hay una sola explicación para ello, y la respuesta es esta: Lekthot, antes de convertirse en el dios de “la lectura” fue el primer representante del mundo de lo Oculto. Por eso aparece en el mito como el hermano “gemelo” de Thot Hermes, (el dios de lo hermético), de lo que está cerrado o encriptado herméticamente. Lo que Thot ha mantenido en un perfecto secreto, como dios de la escritura –y de lo que no se puede abrir o vislumbrar-, es la existencia de su propio hermano menor, conocido como el dios de la lectura, que no es otro que su mismo descifrador o des-ocultador, emergiendo a la luz de su propia oscuridad tal como el fénix renace de sus cenizas.

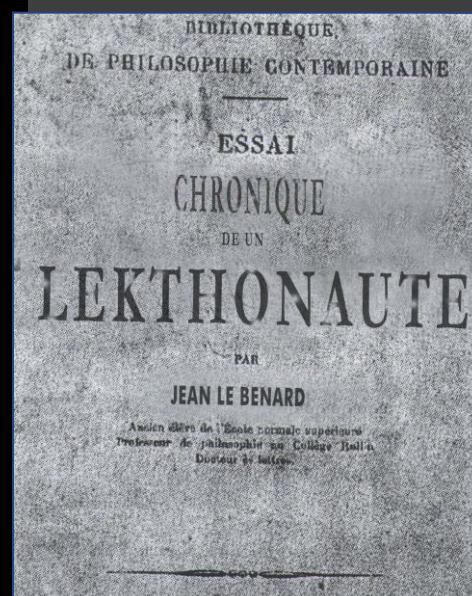
Le Benard sospecha que “Lekthot” (el dios egipcio de la lectura) es un dios más antiguo, y comienza a investigar en los textos sumerios donde en una estela inscrita del rey moabita Mesha, en la cual el rey no sólo corroboraba los datos referentes a Judea, en la época de Elias, sino que también se hacía una de las más extrañas menciones extra bíblicas del dios de la lectura, con su nombre completo. Allí descubre el nombre de un antiguo dios guerrero que le llama poderosamente la atención: “Alekkdios” o “Alekkthos”, (en griego *Léctos*, “lectura”).

Le Benard comprende que el verdadero nombre de Lekthot es “Lekthot” o “Lekthos”, y que éste, a su vez, proviene de uno más antiguo todavía llamado “Alekkdios”, (cuyo nombre significa “Señor de las miradas” o “Devorador de ojos”), ya que estaba relacionado con “Akkad”, la tribu semita de pastores nómades (los akkadios), que penetró en la Mesopotamia alrededor del año 2900 invadiendo a los sumerios con los que finalmente se unificaron. El contexto pictográfico y el rasgo semántico en el nombre del dios de la lectura (la repetición de la consonante “k”) le demuestra a Le Benard su origen sumerio.

De este modo, el viejo Alekkdios de los akkadios, (relacionado también con el dios de la sabiduría Ea, adorado en Sumer con el nombre de Enki), terminó convirtiéndose en el dios egipcio “Lekthot” o “Lekh-
Thot”, (hermano gemelo de Thot, el dios de la escritura), pasando finalmente a Grecia, como “Lékthor”, donde la voz popular terminó transformándolo en “Hékthor” o “Héctor”, el héroe de la legenda troyana, hijo de Príamo y Hécuba, y esposo de Andrómeda, que fue vencido y muerto por Aquiles, identificado con el antiguo Thot de los egipcios.

Este es el mito apócrifo de los egipcios, el más oculto y secreto de todos los más ocultos y secretos secretos. El dios Thot asesina a su hermano Lekthot (también dios), enterrando para siempre la memoria de los mortales la existencia del dios de la Lectura, junto con el “Lek” de su nombre, en las mudas e inaccesibles profundidades de la gran Pirámide. Así fue arrancado de las páginas de la historia Lékthot, conocido como “el dios devorador”, más ambicioso e insaciable de los dioses, pero también el más humano y el más amable de todos los que había en el panteón de los grandes dioses. Era “El dios de los humanos”, el más bueno y generoso. El dios que “amaba a los hombres” por sobre todas las cosas. El que los comprendía porque sabía “leer” en sus corazones. El que descifraba a través de la lectura de sus palabras los misterios de sus penas y sufrimientos.

Para los antiguos egipcios el dios de la escritura era inseparable del dios de la lectura. En un comienzo, y por razones puramente políticas, los sacerdotes del templo en connivencia con los altos escribas, quienes estaban encargados de escribir la historia del pueblo, decidieron mantener a la gente en la ignorancia, impidiéndoles aprender a leer. La idea era poder hacerles interpretar los textos tal y como ellos querían que fuesen interpretados. De esa manera, los gobernantes mantenían el poder y la soberanía, impidiéndole al pueblo que supiera leer, leer los actos que ellos mismos no querían que la posteridad pudiera saber. Lo mismo pasó con Ramses II, que redactaba sus hazañas de forma exagerada o muchas veces inventaba logros que jamás habían existido, solo para perpetuarse en el poder y mantener su figura agigantada por los tiempos de los tiempos.

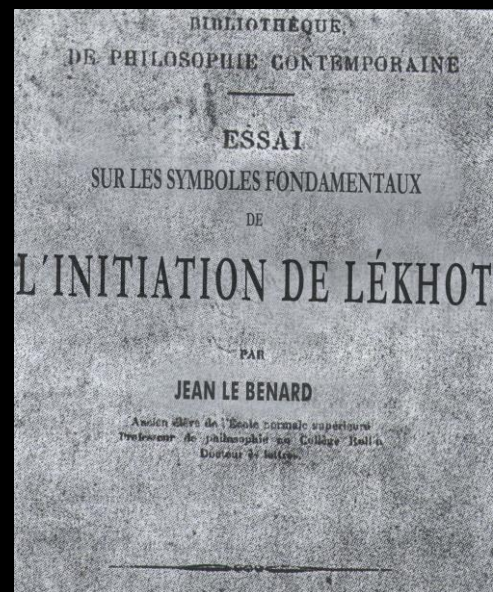


Lektología: portada del Ensayo sobre Crónica de un Lekthonauta de J. Le Benard,

La manipulación de los pueblos era algo que solo podían hacer sus gobernantes si la gente no podía leer los edictos y decisiones políticas que ellos escribían. Por eso dejaron que el pueblo alabara al dios de la escritura (que eran ellos mismos, los que escribían la historia) y le ocultaron al dios de la lectura (que eran ellos mismos, el pueblo, los que podían leer la historia que escribían con sus actos). Porque como reza el dicho, la historia la escriben los que vencen -y los que saben escribir-.

No olvidemos que cuando Osiris, el gran rey-dios, asumió su noble tarea de enseñar en Egipto los hombres estaban abandonados a su suerte y peleaban entre ellos como si fueran animales salvajes, imperando entre las tribus la ley del más fuerte. Y aunque la primera labor de este nuevo soberano fue la de abolir el canibalismo y enseñar a sus súbditos salvajes el arte de perfeccionar los instrumentos agrícolas, enseñándoles a cultivar los cereales, también introdujo la uva como alimento para los hombres en forma de pan, vino y cerveza.

Si bien después, con la llegada de Thot, el dios que le enseñó a los hombres el arte de la escritura, las ciencias y las artes, Egipto, que hasta entonces había sido campo infecundo de clanes y tribus, se convirtió en una nación y emergió potente y gloriosa, abandonando así su ancestral barbarie, los astutos sacerdotes del Valle del Nilo, intermediando entre los hombres y los conocimientos del dios, aprovecharon la situación para manipular a su modo esas mismas artes y ciencias que Thot les enseñaba, con la única intención de mantener el control y el poder sobre ellos. Y esto lo consiguieron con la realización de una hábil y siniestra maniobra: ocultando a los hombres la existencia de dios Lekthot, el hermano gemelo de Thot. De allí que este mismo Thot, llegara a Grecia convertido en Thot “Hermes” (de donde proviene justamente la palabra “hermético”), el dios “de lo oculto”. Pues al primero que él ocultó a los ojos de toda la humanidad fue a su propio hermano, desterrándolo para siempre no solo de Egipto y los pueblos aledaños, sino también de toda la faz de la tierra.



Lektología: portada del Ensayo sobre la Iniciación de Lékhthot, de

El Sol (Atum o Ra), sin duda una de las figuras más importantes de Egipto, viaja por el cielo sentado en su trono, sobre una barca de oro de seiscientos setenta codos de longitud, construida especialmente por los dioses para dicho menester. La tripulación la forman las estrellas, representadas por figuras humanas. Y a su lado se encuentra el gran Thot, el sabio escriba de los dioses, el que toma nota de las órdenes de Ra. El punto es: ¿para qué hay alguien que escribe los designios de los dioses si no va haber nadie que pueda leer y comprender lo que se ha escrito? Por eso Le Benard se pregunta, ¿para qué

se escribe los decretos de los dioses si después no se le enseña a los hombres a leerlos?
¿Por qué tienen que haber personas especialmente educadas y entrenadas en la ciencia de la lectura y no se le enseña a todos a leer por igual?



No olvidemos que son los hombres los que creaban al dios, y no éste el que creaba a los hombres (el ejemplo más paradigmático de esto fue Ekhnaton). Eran los mismos sacerdotes los que manipulaban estas creaciones religiosas, según sus propios intereses políticos; cuando los aires políticos cambiaban, cambiaban también los dioses. Es curioso que los investigadores modernos, sabiendo que los egipcios tenían a

los “Escribas”, una cofradía especializada en el arte de escribir, jamás hayan podido vislumbrar la existencia de este dios oculto, o que no sospecharan que el dios de lo oculto pudiera ser una máscara donde ocultar algo más profundo. De este modo, Lekthot se vuelve el representante de “lo oculto de lo oculto”. Irónicamente, los investigadores de “lo oculto” no pudieron saber que Thot tenía, como la luna, una cara oculta, ¡y oculta en su propio nombre! Una cara que nadie podía ver porque estaba escondida en el mito. Era el mito *oculto* en el mismo mito.

Desde tiempos inmemoriales la escritura tuvo ese carácter mágico y sagrado, que puede observarse en cualquier civilización antigua. En Egipto, por ejemplo, la enseñanza de la lectura estaba completamente prohibida. Las personas comunes (el pueblo) no sabían leer, y les estaba vedado aspirar a su aprendizaje porque era un asunto reservado sólo a los sacerdotes y sabios. La escritura en Egipto era un verdadero Secreto de Estado.

Al pensar en Thot Hermes podríamos preguntarnos, ¿de qué sirve inventar la escritura si no se enseña a leer? Como ocurre casi siempre con las cosas de interés común que podrían beneficiar a todos, la escritura terminó convirtiéndose para los habitantes del Valle de los Reyes en un arma de poder, para unos pocos selectos, y para la gran mayoría, en un enigma irresoluble.

En el mito oculto de Lekthot, *Lékthor* (el héroe que se caracteriza por ocupar el lugar del que lee), descifra y des-entraña los textos que traza *Escrípthor* (la contraparte del héroe cuya función es escribir). La escritura críptica de *Escrípthor* es llamada en la cofradía secreta de los lektonautas “Escriptura”, y sólo puede ser decodificada y entendida por *Lékthor* (el iniciado en los misterios de la letra). Uno elabora mensajes encriptados, y el otro los descifra. *Lékthor* viola cada uno de los secretos que *Escrípthor* se esfuerza en guardar y proteger. La Letra Áurea es la llave maestra que abre todos los

textos herméticos. La Letra Áurea es el espíritu de Lékthor: La ominosa escritura luminosa.

Así como Ulises se tapó con cera los oídos para no escuchar el canto hipnotizante de las sirenas, Lékthor se vendó los ojos para no ser cegado por la arrolladora belleza de Bellahthor, la bailarina del panteón rojo, y caer enamorado al verla encendida en su famosa danza exótica. La pretensión de Hanhathor era seducir a los buscadores de la verdad con los poderes de su deslumbrante belleza, apartándolos del camino con la luz hipnotizante de falsos senderos. Cuando la bella Hanhathor, que pretendía entrapar a Lékthor con sus mortales hechizos, se cansó de seducirlo, dijo al rey Urbe: no tiene sentido.



De todas formas, Lékthor logra igualmente resolver “el enigma de las siete letras cónicas” y alcanzar la mítica Tercer Orilla. Lo que no puede evitar el héroe de la letra áurea es caer en las garras de Hanhthor, y quedar enloquecido de amor. Un reto del que Lékthor salió triunfante, no sin antes superar el obstáculo más difícil, aunque para ello, debió asumir la derrota en otro campo: el del amor.

Lector reflexionó que la única manera de que algo tan lejano y abstracto como el amor llegara a él era a través de los sentidos (los agujeros del cuerpo), principalmente el de la vista, el oído y el olfato. Él privilegió la vista por ser un gran esteta, y dijo:

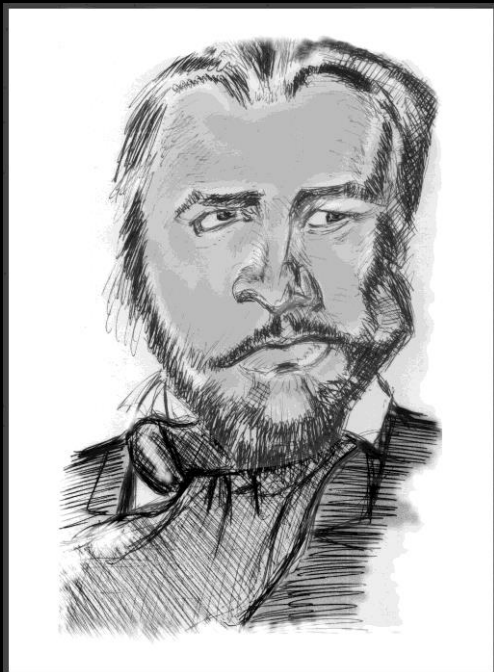
“De haber tenido el ojo de la tentación abierto no hubiera sido capaz de resistir la poderosa seducción de Hanhathor”.

La derrota de Lékthor llega cuando no se permite jugar el juego del engaño, y deja engañar por la seductora Hanhathor. Esta fue la única conquista que perdió el gran estratega militar; ésa a la que llamó antes de hincarse la daga en las entrañas: La mujer de mis desvelos.

EL OJO DENTADO

De la inmemorable noche de los tiempos resurge entre barbirrojos y translúcidos cabellos la figura de una frente abovedada como una pequeña réplica de la cúpula del firmamento. Desde aquella insondable vastedad emerge el exiguo y mítico Tercer Ojo, la lente amplificadora de

las formas y colores, que intenta escrutar en las oscuras distancias el brillo de las letras. El Dr. Jean Le Benard ambicionaba divulgar el Ojo de Lékthor dentro de un cuerpo sin conclusión (el mismo lector), dentro del vientre del tigre azul, ese animal intangible y voraz que, en la mirada afantasmada del criptógrafo y escritor, era la noche y el universo.



La antigua civilización del valle del Indo representaba a Lekthot (dios de la lectura) con un tercer ojo en la frente. Un ojo rasgado que en vez de pestañas tenía dientes, y en lugar del iris había un agujero negro. Se le llamaba, *Ma-Mhû*, “Ojo Dentado”. El culto al dios Lekthot pasó veladamente por Egipto, Persia y Caldea, convirtiéndose en un dios completamente invisible –o ilegible, podríamos decir- para los ojos de los eruditos e investigadores más ortodoxos (menos para Le Benard).

Más tarde llegó a la India, China y Tíbet, donde finalmente adquirió gran popularidad como “El tercer ojo”.

“Todo es escritura” significa que, tanto el hombre como la naturaleza dejan rastros *legibles* tras su paso. Aunque las huellas del caminante no sean comparables, por ejemplo, a la erosión que deja el agua sobre la piedra, son, al igual que ésta, plausibles de ser leídas.